

LAS RAZONES DEL OJO (MAREMOTOS MÍNIMOS) MAURICIO MURILLO

*Creo que mi ojo tiene un arbitrario criterio de selección.
Obviamente hubo más paisaje alrededor,
imposible que sólo fuéramos ella y yo en el rompeolas.
José Watanabe*

LA LUZ AZUL

Las cortinas están abiertas y algo de luz entra todavía por las ventanas. Afuera va oscureciendo. Jorge no ha prendido ningún foco. Hace ya media hora está en una videollamada con sus nietos. No los ve hace semanas. Tampoco ve a su hijo y a su hija, que es la madre de los tres nietos que ve jugar en la pantalla.

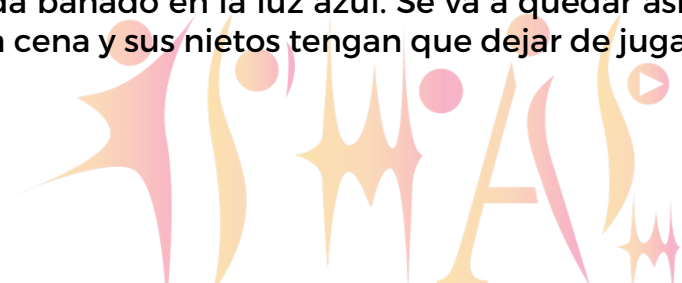
Al principio las dos niñas y el niño se pegaron a la cámara y le hablaron de varias cosas, interrumpiéndose entre ellos. Respondían a sus preguntas, que no eran nada del otro mundo: ¿qué has hecho hoy?, ¿qué has comido?, ¿te aburres?, ¿me extrañas? No importaba a cuál de los tres le preguntara, aunque dijera un nombre, respondían sin orden.

Luego de unos minutos sus nietos se aburririeron y se alejaron uno a uno de la cámara. Vino su hija a darle charla. A los diez minutos ella le dijo que tenía que ir a preparar la cena.

-Déjame la cámara prendida -dijo él.

Su hija dejó la cámara de la computadora en dirección a la sala, donde ella y su esposo habían movido los muebles y los habían pegado a la pared; habían quitado la mesa del medio, también. En el centro de la sala ahora hay varios juguetes botados. Sus nietos están ahí, jugando. Él los escucha hablar, aunque no puede distinguir qué dicen. Se pasan juguetes, alguno se para y baila. No sabe si su mamá les ha dicho que su abuelo los está mirando.

Ya ha oscurecido totalmente y a Jorge lo rodea la oscuridad; al otro lado, en la sala de su hija, la luz está prendida. Mira por la ventana la luna entre las nubes. La pantalla de la computadora ilumina su cara y algo del cuarto. No deja de mirar a sus nietos. No les dice nada, lo más seguro es que ellos no se den cuenta que él sigue ahí. Se queda bañado en la luz azul. Se va a quedar así hasta que sea la hora de la cena y sus nietos tengan que dejar de jugar para comer.



LA CORREA EN EL SUELO

-Me vas a esperar -dice Magaly.

Su perro ha salido del departamento arrastrando su correa por el piso del pasillo. Al lado de la puerta ella tiene una caja de cartón donde guarda su chamarra y algunas bolsas; sus zapatos están sobre un trapo al lado de la caja.

-Hijito -dice Magaly-, ven.

El perro ha dado la vuelta el pasillo, por donde está el ascensor. Magaly dice que este Milo es un fregado, que siempre se va. Jadea al colocarse los zapatos. Luego alza la chamarra y mete sus dos brazos.

-Milito -dice.

Las uñas del perro raspan la cerámica y aparece en la esquina arrastrando la correa.

-¿Por qué eres así? -le dice Magaly-. Tienes que esperarme

Saca dos bolsas de yute de la caja. El perro espera a que ella tome la correa. Magaly camina hacia el ascensor y toca el botón. La luz automática del pasillo se apaga. Magaly y Milo esperan en la oscuridad a que llegue el ascensor.

EL HUECO

El agua dentro de la caldera eléctrica comienza a rugir. Es, también, piensa Pablo, el sonido de un tren que entra a un túnel, o que sale, no sabe. Está anocheciendo y la lucecita de la caldera es lo único encendido en la cocina. La bruma de la oscuridad que avanza lo rodea todo. Otra taza de mate. Ha tomado un montón de mate estos días. Ha meado hartos, también. Pablo mira el agua que empieza a saltar dentro de la caldera. Escucha un pitido. Hace saltar el botón a la fuerza. Silencio. Más bien, el sonido que uno confunde con silencio: viento, algún perro ladrando, un auto, los sonidos del edificio. La quietud, como un hueco que hay afuera.

Vuelve a encender la caldera y mientras el maremoto mínimo sigue su curso dentro, vuelve a escuchar el pitido. Hace lo que había hecho, para el hervor del agua y escucha. Lo mismo: el hueco de afuera, ese hueco que rodea su departamento. Sabe ya hace rato que vive en ese agujero. Inicia la caldera otra vez y el pitido suena de nuevo. Es como una música, como el tono seguido de una canción. Lo ha escuchado antes, siempre cuando hay ruido.

La caldera empieza a retumbar, más rápido ahora, cada vez más rápido, tambalea. El mesón también retumba y Pablo imagina que la cocina también, y el edificio. La caldera vibra y vibra el hueco,

las paredes del hueco. El botón salta. Pablo vierte el agua caliente en una taza con una bolsita de trimate que ya estaba lista. Quisiera tener plata para poder comprar café o trago. Beberá el mate y luego lo meará. En media hora, en una hora, volverá a la cocina. Otra vez retumbará el hueco.

ZANAHORIAS EN EL LAVAPLATOS

Las dos bolsas de nylon que carga brillan con una luz anaranjada, como panales radiactivos. Roberto las ha llenado con zanahorias que le acaban de vender. En la semana vio una receta de torta de zanahoria y cuando fue donde la verdulera le pidió hartas, así que la vendedora le llenó dos bolsas y se las dio. No dijo nada, se hizo al loco. Pagó y se alejó con los brazos tesados, mirando el asfalto. No le quedaba plata para comprar ninguna verdura más.

Subió las gradas sin parar pese a que los agarradores de las bolsas se habían estirado y le empezaban a marcar las palmas. Frente a su puerta imagina que son dos faroles los que carga o que son dos bolas de fuego. Luego de entrar hasta la cocina, vacía las zanahorias en los dos huecos del lavaplatos y el mesón retumba con el sonido resistido de esas caídas, como cuerpos pequeños que caen sobre el pasto.

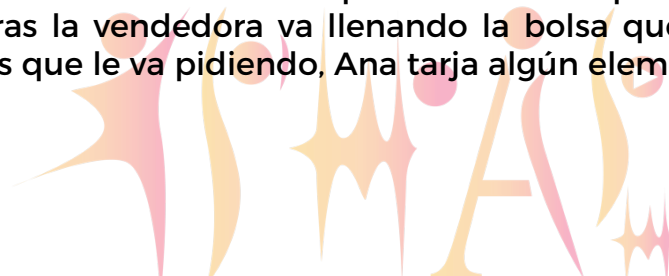
Tapa los drenajes. Abre la pila y aprieta el dispensador de jabón para dejar caer ese líquido espeso y verde sobre las zanahorias. Las frota y las deja reposar un rato en el agua jabonada; la espuma hace picos y encima de estos se crean brillos incomprensibles, oníricos, siderales. Espera un rato parado frente al lavaplatos. Mira las palmas de las manos que le arden: dos líneas las surcan y han oscurecido la piel de un color rojo violeta. Gira las manos, están paspadas y hay grietas que se van a convertir en heridas pequeñas.

Luego drena el agua y enjuaga las zanahorias. Las deja ahí, goteando en el lavaplatos como un testimonio de todos sus errores.

LISTAS TARJADAS

En la puerta de su refrigerador, Daniel y Ana tienen una libreta con imán en la que anotan a mano la lista de lo que les falta. Cuando uno de los dos sale a comprar, arranca la hoja y se la lleva. Alrededor de su edificio hay puestos de verduras y de frutas. Además, la tienda está abierta y la farmacia está en la esquina. No tienen que ir muy lejos.

Mientras la vendedora va llenando la bolsa que le ha pasado con las cosas que le va pidiendo, Ana tarja algún elemento de la lista.



Cosa que entra en la bolsa, cosa que es tachada. Esto pasa en el puesto de verduras y en el de frutas. El último elemento de la lista para comprar en la tienda es el pan. La tendera le pasa la bolsa blanca y Ana hace una raya. La hoja parece ahora una escalera improvisada. Ana sabe que hay algo ahí, pero prefiere no dejarse llevar. Tiene que volver.

Cuando entra a su departamento, descarga lo que ha comprado en el piso de la cocina y vacía sus bolsillos. Ahí está la hoja de la libreta. Antes de botarla, revisa la lista y ve que todo está tarjado. Tiene una igual en su escritorio con el título "Por hacer" con lo que debería acabar o con lo que tiene que trabajar. Para tarjar los elementos tiene que hacer las cosas que están escritas. Le faltan varias. Luego de lavar y ordenar lo que ha traído, bota a la basura la hoja de papel con las rayas hechas por su mano.

BIGOTES Y EL MUNDO

El dueño lleva a los dos perros con correas. Se acercan a la puerta de su casa para entrar. En la puerta los espera Bigotes, el perro que vive afuera de la casa, ahí, en el umbral, donde tiene sus platitos de comida y agua. No lo dejan entrar, pero le dan comida. Es negro. Los otros dos perros también son negros. Jaime mira esto desde su ventana, en el quinto piso de un edificio que está a media cuadra de la casa. Sabe que el perro se llama Bigotes porque se lo ha dicho el dueño unos días antes mientras hacían cola en la tienda. Jaime quiso preguntarle por qué no lo dejaban entrar a la casa, eso también lo veía desde su ventana, aunque no se animó.

-Bigotes -dijo. El perro se acercó y Jaime lo acarició.

Cuando el dueño y los perros llegan a la puerta, Bigotes les da paso, espera a que entren y de ahí se tumba de nuevo en el umbral. Una de las posibilidades en las que piensa Jaime es que los perros lo deben pegar a Bigotes si este entra. También puede ser que los dueños de la casa no lo asuman como su perro. Le da pena, aunque también le da tranquilidad que Bigotes tenga qué comer y que en algunos momentos le den cariño. Varias cosas implican una contradicción. Bigotes vive afuera de la casa pero también adentro. Es callejero pero tiene dueños.

Ahora Bigotes está echado y mira atento lo que pasa en la calle, que no es mucho estos días. Jaime se pregunta si Bigotes se ha dado cuenta que todo ha cambiado, si los días para él son la fotocopia del anterior o si nota cómo muta todo. El viento desplaza algunas hojas frente a Bigotes, que se levanta y bebe un poco de agua de su plato. El sonido de las hojas rascando el asfalto llega hasta el quinto piso del

edificio. Jaime espera, Bigotes no se vuelve a echar. Lo mira mirando la calle. No pasa nada más que la mirada del perro.

FLUJO CIRCULAR

Fernando abre la pila y espera desnudo frente al chorro de agua que cae. El agua tarda en calentarse porque el calefón, que es a gas, está en la cocina y el agua tiene que pasar por todo el departamento, correteando en las cañerías subrepticias que se acurrucan por debajo. Hace pocos minutos ha llegado de la calle. Se ha sacado toda la ropa en la puerta y ha entrado corriendo a la ducha.

Ahora espera frente al chorro frío; tiene las manos unidas en puño a la altura del pecho y pegadas al cuerpo, como si estuviera rezando. Mira el drenaje y el agua que se va. Flotan pelos largos que van a tapar el drenaje. No son de él. Mira también las uñas de sus pies: están crecidas, como pequeñas garras. Tiene que cortárselas. Estira una mano para ver si el agua está tibia. Todavía no.

Cuando el agua ya está caliente, se mete debajo del chorro y cierra los ojos. Se frota la cabeza con champú y deja correr el agua. No abre los ojos. Siente el agua que cae por su cara y escucha el drenaje atragantado, el agua que se va por el sumidero con un gemido entrecortado, como si se estuviera rompiendo. Sabe que esa ida es circular, o espiral, cualquiera de las dos. Abre los ojos y le entra un poco de champú. Pestañea, no puede enfocar.

CABELLO

-Necesito un peluquero -dice Antonio mientras se mira al espejo. Mete los dedos de una mano entre sus cabellos y gira la cabeza a cada lado, mostrándose a sí mismo las sienas.

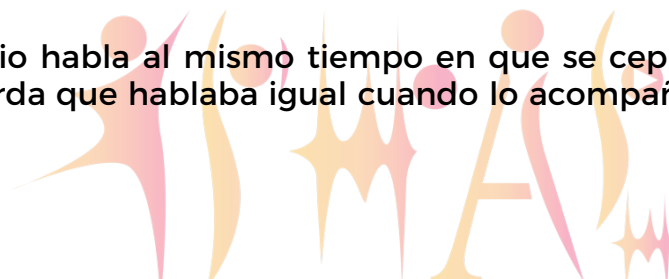
María no dice nada. Se está cepillando los dientes. El tic tac apurado del cepillo no distrae a Antonio.

-Muy largo está -dice.

María solo está con calzón. Él, con una polera vieja y un bóxer.

-Otras cosas más urgentes necesitas -dice María luego de escupir. Sus labios están cubiertos de dentífrico. Pasa su lengua por ellos y vuelve a escupir. Antonio agarra su cepillo de dientes. Ahora que él mira hacia abajo, María se da cuenta que su pelo sí está largo y despeinado.

Antonio habla al mismo tiempo en que se cepilla los dientes. María recuerda que hablaba igual cuando lo acompañó al dentista y



la dejaron pasar al consultorio. Antonio no tolera nada de dolor.

-Un peluquero en delivery -dice.

María le va a decir que es un exagerado, cómo, pues, un peluquero en delivery, les faltan tantas cosas. Igual sabe que él le va a responder que tienen todo, que no exagere. Antonio sigue cepillándose, se mira al espejo y su gesto parece el de una sonrisa, la sonrisa de un loco o el gruñido de un animal. María escupe una vez más en el lavamanos. Otra vez las encías, piensa. Abre la pila para que el agua se lleve el esputo blanco jaspeado de rojo.

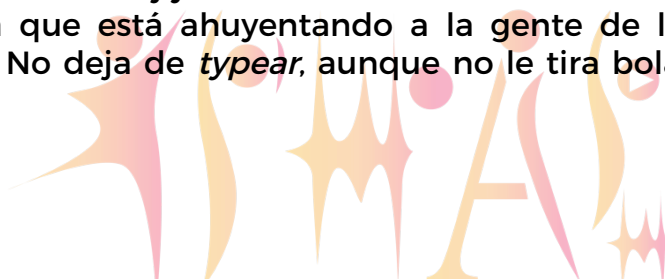
VENTANA

A través de su ventana, Martín ve la ventana de los vecinos del edificio del frente, son pocos metros de distancia. Están en su living: son una pareja de ancianos que ven la televisión. Los observa desde la oscuridad de la sala. Los ancianos tienen cada uno una mesita delante con platos con comida. No puede distinguir qué comen. Están en pijama. A Martín no le gusta estar todo el día en pijama, le hace sentir que no hace nada. No quiere ser esos señores que mira. Igual ha usado casi la misma ropa estos días. A veces buzo o bermudas, aunque trata de usar jeans y poleras. Lo que sí, ha usado su ropa vieja, la que ya no usaría en la calle. Toda su ropa buena está doblada en el ropero.

Martín estaba yendo a la cocina y se ha detenido para mirar el departamento del frente. Los ancianos no hablan. Comen con cuchara lo que tienen en los platos sobre las mesitas. En la tele está el noticiero. Martín ve hablar a los presentadores e imagina el sonido de su voz y el sonido de los sorbos, el sonido de la cuchara raspando el plato. Ve todo eso enmarcado por su propia ventana, que es también un umbral, un límite, una pantalla. Lo que hay adentro del otro departamento tiene movimiento. Se acuerda que estaba yendo a la cocina. Deja la ventana y se va.

SIRENAS AL MEDIODÍA

Mientras Carlos escribe en la computadora, otra vez intentando acabar el informe que arrastra hace días, vuelve a escuchar las sirenas que suenan a unas cuadras o capaz más cerca. El día anterior han sonado también. Primero piensa que son las sirenas de una ambulancia. Ve el reloj y son las 12:00 del mediodía. Se da cuenta que es la policía que está ahuyentando a la gente de la calle y a las vendedoras. No deja de *typear*, aunque no le tira bola a lo que está escribiendo.



Sigue trabajando. Pasan veinte minutos y escucha de nuevo las sirenas. Ahora le parece que tienen otro tono. No sabe cómo explicarlo, pero no cree que son las mismas. Ya hace rato han pasado las doce. No está seguro si lo que suena, en ese estruendo de gritos mecánicos que rasgan la luz del mediodía, son patrullas o ambulancias. Deben ser lo segundo, piensa. ¿Qué cuerpos estarán dentro de esas ambulancias imaginarias?

A ESTAS ALTURAS DEL PARTIDO

Está jorobada y con los brazos colgando cuando una burbuja de aceite revienta y le hace dar cuenta de su postura desgarbada. Vuelve en sí. Estaba pensando en cualquier cosa, se había ido un rato de la cocina. Patricia remueve el ahogado que ha estado cocinando ya varios minutos. Cortó cebolla en pluma, algo de ajo, le puso ají amarillo en polvo y eso lo botó a el sartén. Más o menos sabe lo que hace, pero no tanto. Tiene más de setenta años y recién ha aprendido a cocinar.

-Cómo, pues, a estas alturas del partido -le dijo a su hijo por teléfono.

Coloca el atún de toda una lata y sigue revolviendo en círculos. Su esposo y su hijo ya van a bajar y van a almorzar lo que está preparando. Ají de atún, les va a decir, aunque en realidad no sabe qué es. Hasta ahora, todo lo que ha hecho le ha gustado a su esposo.

-Así nomás -le dijo también a su hijo en la llamada.

Está cansada y de paso piensa que luego tendrá que lavar ollas y platos. Luego no tiene nada que hacer y se va a aburrir. Revuelve en círculos el ají de atún. A estas alturas del partido, se dice a sí misma.

EL REFLEJO

José levanta la vista y mira el edificio cubierto de vidrios. En él se refleja el del frente, es un duplicado. Es como si los dos edificios se reflejarán a sí mismos, como dos espejos. En sus ventanas se pierde la materialidad del otro. Arriba el cielo está celeste, parece el interior de un balde plástico. Eso hace que los edificios resalten. Tiene los audífonos puestos y escucha música con el volumen alto. En el laberinto de cemento al que se ha metido, esas construcciones parecen contenerse la una en la otra, pero solo en las ventanas. Capaz la gente que vive en un lado de la vereda es también el reflejo del otro, piensa.



DESCRIPCIÓN

Andrés le da clic a la foto de una chica. Como su internet es lento, la foto no carga, solo sale un cuadro blanco con una descripción en letras azules: “La imagen puede contener: 1 persona, primer plano, cielo, exterior y rayas”. Se queda como opa viendo ese cuadro blanco con letras. Piensa en cuánto le constaría subirle unos cuántos megas a su conexión. No va a poder hacerlo.

-Qué verga -dice.

Piensa que no puede ser que a eso se ha resumido todo ahora, a la descripción de una foto. Él quería ver la imagen y solo se la describen. Para ver la foto tiene que leerla primero.

-Qué verga -dice.

No hace nada. No cambia de pestaña. Se queda frente a esa imagen blanca con letras azules.

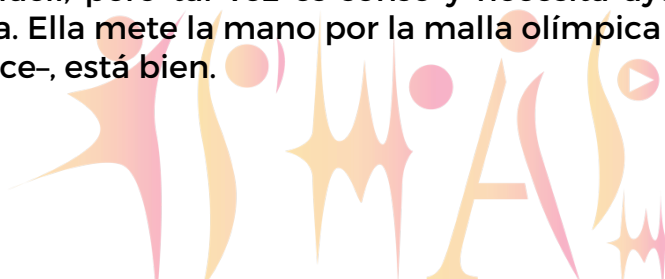
TERAPIA CON ANIMALES ROBÓTICOS

René mira en la tele una noticia que habla de animales robóticos. En la nota dicen que ahora, por esta cosa del encierro, están utilizando animales robóticos para tranquilizar a ancianos con Alzheimer. El reportero explica que en algunos asilos y hospitales han utilizado este tratamiento. No dice si da o no resultado. René ve en la televisión a un anciano en bata sentado en una silla de ruedas con un perro robótico en las faldas. El anciano, que tiene los pómulos chupados y las manos llenas de pecas, acaricia al perro de pelo blanco largo. El reportero tampoco dice si los ancianos saben que son animales robóticos o no. Luego viene otra noticia que no tiene que ver con autómatas. A René ya no le interesa lo que tiene para decir la gente del noticiero y cambia de canal.

EL GATO EN LA LAGUNA

Luciana se acucilla mientras mira a través de los arbustos enredados en la reja que rodea el parque de la laguna. Se ha entrado un gato. No para de maullar y la mira, no se acerca. Luciana piensa que el gato podría salir fácil, pero tal vez es sonso y necesita ayuda. El gato se pega a la reja. Ella mete la mano por la malla olímpica y lo acaricia.

-Ya -dice-, está bien.



El gato ronronea. La manera en que vibra su cuerpo, como un globo vacío, la tranquiliza a Luciana. Ella no sabe si va a estar bien, no sabe si el gato podrá salir. Le da un poco de miedo de que mate a algún pato, aunque recuerda que le han dicho que los patos son violentos y se saben defender.

-Eres bueno -dice.

Eso tampoco lo sabe. Se incorpora. El gato maúlla, es más como una queja.

-Vas a salir -le dice.

Se pregunta a quién le podría pedir ayuda. No sabe.

HUELLAS DIGITALES

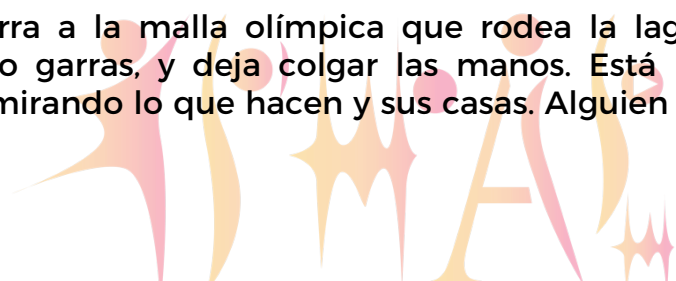
Ya no sabe qué hacer. Luis Ha ordenado su escritorio, ha hablado con sus hijos y nietos y ha visto tele. Ahora decide ordenar los cajones de su mesa de noche. Solo usa una, porque la otra era de su exesposa, que ojalá, piensa, tampoco sepa qué hacer. Aunque ella sí está acompañada. Abre el cajón que nunca utiliza. Entre tarjetas de negocios, un estuche de CD vacío y cartas de sus hijos, encuentra la fotografía.

Es una foto de su hija del medio cuando era niña. Debe tener cinco o seis años en la foto, piensa. La da la vuelta y lee: Sandrita, Valle de la Luna, 90. La gira otra vez. En la imagen, su hija está sobre una loma y la rodean promontorios de tierra. El cielo está celeste. Todo en la foto es más bien acre, como si la imagen tuviera polvo. Sandra usa una polera amarilla con un arcoíris en la panza y un short café. Luis recuerda la foto, no sabía que estaba en ese cajón. Recuerda, también, ese día. Ya se había separado de Selma y ese domingo los llevó a los chicos al Valle de la Luna.

Sigue recordando mientras mira la fotografía. En algún momento deja de verla o, más bien, la ve y a la vez no la ve. Reconstruye el pasado un rato. Deja la fotografía en el cajón. En la esquina de donde ha agarrado la foto se ha marcado su huella digital. Cierra el cajón y piensa que la niña, que Sandrita, se ha quedado encerrada en ese espacio de oscuridad y pasado.

MALLA OLÍMPICA

Iván se agarra a la malla olímpica que rodea la laguna. Mete los dedos, como garras, y deja colgar las manos. Está mirando a los patos, está mirando lo que hacen y sus casas. Alguien ha organizado



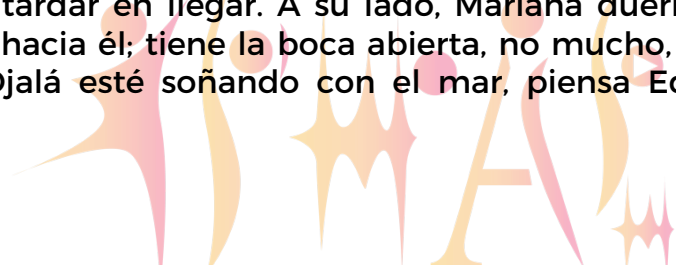
sus viviendas como un pequeño pueblo. Hay una caseta grande, que es la más vieja, con un techo de calamina oxidado; ahí deben cobijarse los más grandes. También ve unas cabañas, como unos pahuichis en miniatura. Lo que más le gusta son los tipis. Se alegra pensando que ese pueblo de patos tiene alguna organización que no pueden entender ni él ni otras personas. También se alegra de que hace hartos días nadie ha ido a fregarlos. Como la laguna está cerrada hace algunas semanas, han estado felices en su propia ciudad, pasándola bien entre ellos. Si fuera pato, piensa, elegiría un tipi.

ARRULLO

Despierta. Todavía no ha amanecido. Edgar alarga el brazo despacio hacia su mesa de noche, no quiere despertar a su esposa, y agarra su celular. Ni siquiera son las cuatro. Sabe que le va a costar dormirse otra vez. Recuerda su sueño. No ha despertado por este, no era una pesadilla. En el sueño se encontraba con una amiga que no veía hace años. Estaban al borde del mar, en una playa que parecía pintada. La amiga le decía que tenían que mojar los pies en el agua. Se agarraban de la mano y caminaban a la orilla. Lo hacían, metían los pies. En realidad, no eran tan cercanos. Edgar piensa que algún tiempo fueron amigos, dejaron de verse y ya. Se alejaron, como sucede. En el colegio vivían cerca y a veces hacían cosas juntos. De eso han pasado casi treinta años.

Edgar no conoce el mar, no en vivo, solo lo ha visto en la televisión y en fotos. Ha viajado a otros lados, no muy lejos. En enero, tres meses antes, viajaron con Mariana a Cusco. Lo que más le había impresionado no había sido Machu Picchu. Sí, estaba bien la grandeza de esa ciudad entre las nubes, en la punta de una aguja de cerro, la arquitectura y demás. Ahora en la cama recuerda el viaje en tren hasta Aguas calientes. El tren iba por un sendero pegado al río, en dirección de las aguas, como si fuera parte del flujo. Los rieles estaban cercados por montañas verdes y grises. Eso lo había impresionado: la extensión vertical de las montañas y el verdor húmedo.

Con los ojos cerrados se pregunta por qué carajos había soñado con esa mujer. Le gustaría haber escuchado el mar en su sueño o haber sentido el calor. Quisiera que el sonido de las olas del mar lo tranquilizaran, lo adormecieran. Quiere algún arrullo. Quiere que su mamá estuviera viva y lo arrulle. Abre los ojos porque sabe que el sueño va a tardar en llegar. A su lado, Mariana duerme de costado, con la cara hacia él; tiene la boca abierta, no mucho, y sus párpados tiemblan. Ojalá esté soñando con el mar, piensa Edgar, ojalá esté



soñando con su mamá. Él también se pone de costado, de espaldas a Mariana. Cierra los ojos y piensa en las olas, imagina el sonido, así tal vez.

ASTRONAUTAS

Encuentra un banco en el que no hay nadie y se sienta. La plaza es pequeña, ni siquiera sabe si se puede llamar plaza. Es una plazoleta, piensa. Metros más allá hay otro banco que sí está ocupado: una mujer habla por teléfono. También hay un busto, de un hombre que no sabe quién fue. A Sergio le parece que le han dejado muy poco del pecho, le parece ridícula la proporción de ese cuerpo cercenado.

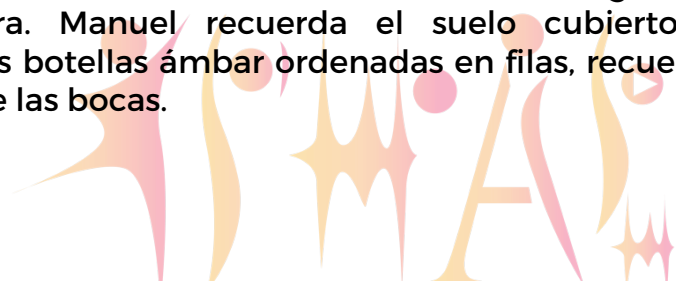
Todavía jadea. Ha tenido que subir una calle empinada con la mochila llena. No tiene agua. Se ha comprado un café. La mujer que se lo vendió estaba cubierta con un traje ridículo y exagerado. El traje impermeable le quedaba muy grande, le hace recordar a un traje de *El juego de la oca*. Su cara estaba cubierta por un protector de plástico, como una máscara inútil de soldador, y los guantes parecían de lana. Le ha vendido un café una astronauta desplazada, piensa.

Se saca la liga del barbijo de una oreja y lo deja colgar de la otra. Saca su celular. Antes de desbloquearlo mira la pantalla negra trizada surcada por tres líneas. Ve su cara como si estuviera dentro de una pecera. En la pantalla reconoce a su hermano, son iguales. En esa superficie negra se parece más. Sigue jadeando, su pecho se infla y desinfla. Un cojudo astronauta ridículo, piensa, y toma un sorbo de la boquilla de plástico.

UNA INSTANCIA DE LA LUZ

Parece la escena de una película, pero es su escritorio. Manuel y Blanca escuchan cumbia en la computadora que está en la mesita del medio. En el almuerzo abrieron un vino y ahora van por la segunda botella. Está atardeciendo. Han abierto las cortinas y el atardecer, casi plomo en este momento, o morado, apenas entra en el cuarto. Blanca trajo una lámpara de una de las mesas de noche y la puso en el suelo. El foco está debajo de una planta con hojas largas, lo que hace que sombras alargadas se proyecten en las paredes y el techo del cuarto.

La otra semana tomaron cervezas ahí, igual rodeando la computadora. Manuel recuerda el suelo cubierto de botellas. Recuerda las botellas ámbar ordenadas en filas, recuerda los huecos circulares de las bocas.



Luego de varios minutos la pantalla de la computadora se apaga, aunque sigue la música. Ahorita su escritorio no le parece su escritorio. Acá trabaja todos los días, pero ahora es como si fuera la escenografía de una película o de una serie. Sin esfuerzo puede ver el cuarto y a ellos como si fueran una proyección. Eso capaz es la vida, piensa, ver la realidad como si fuera la televisión, ver la realidad como si uno estuviera viendo televisión. No se lo dice a Blanca, que baila sentada, moviendo los hombros y la cintura. Afuera ya casi es de noche y lo único que alumbraba es la lámpara que está en el piso. Manuel ve por la ventana los árboles del parque que está frente a su departamento. La luna se proyecta en la laguna artificial y se la ve entre las hojas. Más allá, hacia la izquierda, están los cerros altos. Sus cimas están cubiertas por una neblina rala que se ilumina con la luz de la luna. Con la cumbia, con el movimiento en s de Blanca, todo es una instancia de la luz.

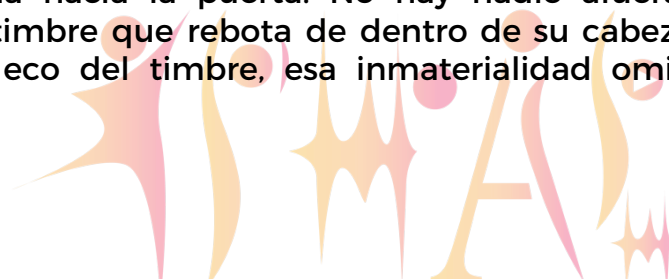
LA CAJAS DE CERVEZAS

El eco del timbre llega desde la cocina vacía donde la cerámica intensifica el sonido, suena raro. A esa hora, a las 9 de la noche, nadie podría tocar. Es el intercomunicador, ni siquiera el de la puerta. Cuando Gabriel alza el auricular una voz le dice que son sus cervezas. Había pedido dos cajas y le habían dicho que se las llevarían ese día.

Gabriel se quita el pantalón del pijama y se pone un jean. Los pasillos del edificio están vacíos y silenciosos: nada suena desde adentro de los departamentos, nada a través de las puertas de madera. El mecanismo del ascensor que sube suena como agua corriendo por un túnel. Cuando llega a su piso, Gabriel se mete. El ascensor es un lugar iluminado y lleno de espejos.

Cuando toca el suelo, cuando ya llega al nivel del piso, luego de una sacudida, de un pequeño salto, sale. Todas las luces de la recepción están apagadas. El frontis de su edificio es todo de vidrio. Nadie lo ha limpiado hace un buen tiempo. Las luces amarillas de la calle iluminan un poco y crean sombras en el piso rojo de cerámica. Al otro de la calle, los árboles se mecen, sobre ellos chorrea la luz de los faroles y hace que brillen las puntas de sus hojas. Gabriel piensa otra vez en agua, en movimiento, como si las hojas fueran pequeñas olas en las que rebota el sol.

Camina hacia la puerta. No hay nadie afuera. Recuerda el sonido del timbre que rebota de dentro de su cabeza, recuerda en realidad el eco del timbre, esa inmaterialidad ominosa, eso que



aullaba en las cerámicas de la cocina oscura.

Abre la puerta de vidrio y ve a un costado las dos cajas de cerveza apoyadas. El sonido de las hojas es un murmullo. Eso nomás: las cajas de cerveza apoyadas en la calle de noche vacía y nadie alrededor, nadie que las entregue.

EL RUGIDO SUBTERRÁNEO

Dante sale del ascensor al pasillo de cemento. Ha bajado hasta el subsuelo donde están los garajes del edificio. Tiene que prender su auto porque hace varios días ya está parado y se le puede descargar la batería. Trata de hacerlo día por medio. Se ha olvidado y tiene miedo de que no encienda.

Los focos con sensor se van prendiendo mientras avanza. Arriba es de día, pero acá parece de noche. Casi todos los parqueos están ocupados. Abre la puerta de su auto y entra. Cierra la puerta, no sabe por qué lo hace. Adentro hace frío. Estos días ha sentido que la temperatura ha bajado. Como si nada se va acercando el invierno. Faltan unas cuantas semanas, pero como todos los años, este alargará sus garras heladas para empezar a escarbar los cuerpos antes de tiempo. Enciende el auto. El sonido del motor rebota en las paredes del subsuelo. Es como el rugido de un animal enterrado, piensa Dante, como la voz de una ballena que canta fuera del agua, ronca, atrapada en el sótano de un edificio. O el estertor de un rinoceronte enfermo.

Le parece bien sonso eso de tener que bajar hasta el subsuelo, encender su auto por unos minutos y apagarlo sin si quiera moverlo. Igual no va a tener plata para gasolina, así que la está gastando en vano. Se pregunta de qué sirve un auto si no se mueve. Es como un animal varado, como un animal herido. Se da cuenta que está pensando en su auto como si fuera algo vivo. Del capó sale un poco de humo o de vapor, no sabe. El capó está empolvado. Ya había notado la otra vez que todo su auto está cubierto por una capa gruesa de polvo. Los vidrios tienen gotas marcadas. No sabe cómo se han formado esas gotas, el auto no está a la intemperie hace semanas. Acelera, el rugido crece. Se queda con las manos sobre el volante y siente el leve temblor. Apaga el contacto. De qué carajo sirve un auto que no se mueve. Antes de salir del auto y caminar por ese sendero artificial que se va prendiendo con su cuerpo, antes de volver a su departamento a hacer nada, antes vuelve a pensar en ballenas fuera del mar, en rinocerontes enfermos. Piensa en el mar vaciado de ballenas, en un campo cubierto de cuerpos de rinocerontes.

